

CELCIT. Dramática Latinoamericana 377

EL SUEÑO INMÓVIL

Carlos María Alsina

PERSONAJES: M (2) / F (2)

Visibles	No visibles
La Joven	El Niño Grande
La Vieja	El Perro
El Olvidado	El Alemán
El Marchante	

Un incendio voraz ilumina el escenario recortando siluetas de muebles, de objetos y personas. Poco a poco las llamas van menguando. Oscuridad. Suavemente las luces de escena descubren el espacio. Interior de una casa antigua, de comienzos de siglo. En otros tiempos debió haber lucido el brillo de su esplendor. Muebles, objetos cuidados con esmero por sus habitantes. A la izquierda del espectador, una puerta hacia el exterior. A la derecha, otra hacia un cuarto interior. En una ventana, La Joven mira hacia fuera. La Vieja se mece en una silla. En el extremo derecho, confundiéndose con los muros, e iluminado de forma tal que adquiera un aspecto casi irreal, está El Olvidado, sentado en un sillón. Su edad es indefinible.

LA JOVEN: No llueve

LA VIEJA: Nunca llueve

EL OLVIDADO: *(No hablará hacia el público. Sus textos serán trabajados como un constante recuerdo)*. Fueron años de sequía.

LA JOVEN: La tierra está reseca, polvorienta. Y el río es una huella.

EL OLVIDADO: Las casas eran polvo; y el cielo: ceniza.

LA JOVEN: ¿Escuchas?

LA VIEJA: Sí. Sopla como siempre.

LA JOVEN: Ese murmullo no me deja sola.

LA VIEJA: ¿Qué miras?

EL OLVIDADO: Se perdieron cosechas. Y después llegó la peste.

LA JOVEN: Es primavera.

LA VIEJA: Sí. Pasará El Marchante.

EL OLVIDADO: Caían como moscas. Los muertos se apilaban...

LA VIEJA: ¿Para qué esperas a ese hombre?

LA JOVEN: Cuenta cosas nuevas.

EL OLVIDADO: ... y el fuego bailaba en los cuerpos.

LA VIEJA: ¿Sólo eso? Te mira diferente.

LA JOVEN: Trae noticias

LA VIEJA: Inventa.

EL OLVIDADO: Las carretas raspaban los caminos arqueadas con el peso de la muerte...

LA VIEJA: Yo conozco. El Otro Lado.

EL OLVIDADO: ...y una nube de tierra esfumaba el horizonte.

LA JOVEN: Habrá luna.

EL OLVIDADO: Fueron años de sequías y muertes.

LA VIEJA: ¿Has colocado el agua?

LA JOVEN: Todavía no.

LA VIEJA: El saldrá de los cañaverales. Como siempre.

LA JOVEN: Ayer bebió mucho.

LA VIEJA: ¿Lo has escuchado?

LA JOVEN: Sí. El agua que dejó era de sangre.

Ambas se miran

EL OLVIDADO: Por esos años El Alemán dejó la casa.

LA VIEJA: Alguien lo desafió.

LA JOVEN: Sentí gritos al anochecer.

LA VIEJA: Es inútil enfrentarlo.

EL OLVIDADO: La guerra lo llevó lejos. A su patria.

LA JOVEN: A veces me imagino cruzando el cañaveral.

LA VIEJA: No hay nada para ver al Otro Lado. Sólo casas muertas. Y huesos.

EL OLVIDADO: Se fue prometiendo volver. Y la promesa se hizo aire.

LA JOVEN: El Marchante dice que...

LA VIEJA: El Marchante miente.

LA JOVEN: A lo lejos veo humo. Resplandores.

EL OLVIDADO: Cuando llegó, levantó la casa en pleno monte.

LA VIEJA: Tus ojos quieren ver lo que no existe. Son relámpagos.

EL OLVIDADO: De lejos se veían dos torres imponentes.

LA JOVEN: Si pudiera...

EL OLVIDADO: La gente del lugar se desvelaba admirando los vidrios coloridos...

LA VIEJA: No sueñes. Sabes bien que no se puede.

EL OLVIDADO: ... y acostándose en los umbrales para conocer la frescura de los mármoles.

LA VIEJA: ¡Vamos! Coloca el agua que ya está atardeciendo.

La Joven asiente y sale por la puerta exterior

EL OLVIDADO: El Alemán sonreía. Recibía invitados importantes que llegaban por el río... *(La Vieja se levanta y va hacia la puerta interior. La abre. Una potente luz sale del cuarto. Mira hacia adentro. Observa)* ...Mujeres ricas, bonitas, de familia. Políticos, industriales... gente importante.

La Joven vuelve

LA JOVEN: ¿Está bien? (*Se refiere a lo que está mirando La Vieja*).

LA VIEJA: Como siempre. Dormido.

LA JOVEN: Hay que cambiarlo.

LA VIEJA: Mañana.

LA JOVEN: Tal vez...

LA VIEJA: Mañana.

EL OLVIDADO: Hacían fiestas que duraban días y sus risas bailaban por el monte.

LA JOVEN: Ayer lo bañé con agua tibia.

LA VIEJA: Lo sé. Escuché tu canto.

LA JOVEN: Casi no pesa, pese a su tamaño y la piel suave como hoja fresca.

EL OLVIDADO: Pasaron muchas cosas aquí en esos años.

LA VIEJA: Le hablas al oído.

LA JOVEN. (Sorprendida). ¿Cómo?

LA VIEJA: (Mirándola fijo) Le hablas al oído.

LA JOVEN: Sí. Tal vez escucha.

LA VIEJA: ¿Qué le dices?

LA JOVEN: Tonteras. Cosas de niños.

LA VIEJA: No es niño. Lo sabes.

LA JOVEN: Es como si lo fuera.

LA VIEJA: Cuando lo visto, después del baño, sonrío.

LA JOVEN: A Él no le gusta verlo mal. Se inquieta.

EL OLVIDADO: El Alemán era poderoso. Le gustaba serlo.

LA JOVEN: Huele cada esquina de la Casa.

LA VIEJA: No te preocupes. Él sabe bien que lo cuidamos.

LA JOVEN: ¿Cuándo despertará El Niño Grande?

LA VIEJA: ¡Quién sabe! Duerme desde que nació.

EL OLVIDADO: Sabía mandar. Nadie lo contradecía.

LA VIEJA: Desde entonces, Él lo vigila.

LA JOVEN: ¿Hace cuánto que nació?

LA VIEJA: No recuerdo.

EL OLVIDADO: Montó una fábrica cerca de la Casa.

LA JOVEN: ¿Sabes quiénes son sus padres?

LA VIEJA: No.

LA JOVEN: Parece un hombre. Aunque sin vellos.

LA VIEJA: ¿Lo tocas?

EL OLVIDADO: Trajo máquinas desconocidas. Llegaron embaladas.

LA JOVEN: (*Un poco confundida*) Cuando lo baño.

LA VIEJA: ¿Lo acaricias?

EL OLVIDADO: Les tenían miedo al principio. Después se acostumbraron.

LA VIEJA: Él está atento al Niño Grande. No lo olvides.

LA JOVEN: ¿Por qué lo cuida de esa forma? Estamos nosotras que...

LA VIEJA: Nosotras sólo lo atendemos. Él es el guardián.

EL OLVIDADO: Las chimeneas perforaban el cielo eyaculando ceniza sin descanso.

LA JOVEN: ¿Por qué?

LA VIEJA: No preguntes. Es así. Así está dispuesto.

EL OLVIDADO: Cientos venían al trabajo hipnotizados de progreso.

LA JOVEN: *(Por la ventana)*. A veces sueño que camino, pero no me muevo.

EL OLVIDADO: Una sirena marcaba los turnos.

LA JOVEN: Y cuando me despierto siento ganas de correr sin detenerme.

LA VIEJA: ¿Adónde irías?

LA JOVEN: No sé. Tal vez al Otro Lado.

LA VIEJA: ¿Eso le dices en secreto al Niño Grande?

EL OLVIDADO: En los días de pago la gente festejaba.

LA JOVEN: A veces. Es sólo un juego.

LA VIEJA: Él no lo permitiría. Lo sabes.

EL OLVIDADO: Se ganaba poco, pero igual se festejaba.

LA VIEJA: Al Otro Lado no hay nada. Créeme.

LA JOVEN: ¿De dónde viene, entonces, El Marchante?

LA VIEJA: No sé. Vendrá de lejos.

LA JOVEN: ¿De atrás de las montañas?

LA VIEJA: Tal vez.

EL OLVIDADO: Había ferias, corridas, apuestas. Y se bebía hasta la mañana.

LA JOVEN: ¿Vendrá? (Va hacia la puerta de la pieza).

LA VIEJA: No hay nadie por aquí.

LA JOVEN: (Mirando hacia adentro) El Niño Grande tiene el puñal entre las manos.

EL OLVIDADO: Cuentan que El Alemán tuvo un hijo.

LA VIEJA: Sí. Es Primavera. Él se lo trajo entre los dientes.

EL OLVIDADO: No se supo de quién, ni tampoco se vio jamás al niño.

LA VIEJA: Lo escuché entrar en el medio de la noche...

EL OLVIDADO: El Alemán criaba un perro enorme... negro...

LA VIEJA: Después, las cadenas se alejaron con el alba.

EL OLVIDADO: Caminaba por la fábrica seguido de esa sombra fiel... inseparable.

LA JOVEN: (*Mirando adentro*) El Niño Grande aferra el puñal al pecho.

LA VIEJA: ¿Has tratado de sacárselo?

LA JOVEN: No.

LA VIEJA: ¿Estás segura?

LA JOVEN: Sólo lo he tocado.

LA VIEJA: ¿Y qué ha pasado?

EL OLVIDADO: Dicen que El Perro no ladraba...

LA JOVEN: Sentí una sombra a mis espaldas...

EL OLVIDADO: Cuando pasaba con su amo, hasta los pájaros callaban.

LA JOVEN: Me di vueltas y no vi nada.

EL OLVIDADO: Cuando El Alemán se fue, lo dejó suelto.

LA JOVEN: Prometí no repetirlo y salí del cuarto asustada.

EL OLVIDADO: Desde entonces vigila la Casa y en la soledad de la noche, se escuchan sus cadenas arrastradas.

LA VIEJA: No vuelvas a hacerlo.

EL OLVIDADO: La fábrica cerró. Y los yuyales amortajaron las máquinas.

LA JOVEN: Es extraño. Ese puñal me es familiar. Lo reconozco pero no recuerdo.

EL OLVIDADO: En la Casa quedaron dos mujeres, encerradas, a cuidarla.

LA JOVEN: (*En relación al Olvidado*) Ahora escucho claro. La voz.. ¿qué más dice?

LA VIEJA: (*Tapándole los oídos*) ¡No escuches!

EL OLVIDADO: Una nació en la Casa, a escondidas, una tarde rojiza de verano.

LA JOVEN: ¿Por qué no puedo oír?

EL OLVIDADO: Es hija de la otra: Una criada, que era amante del Alemán.

LA VIEJA: No conviene. Es mejor que el Pasado sea una bruma.

EL OLVIDADO: Ella, como nadie, sabía hacerle recorrer cada pliegue del saber.

LA JOVEN: ¿Por qué esa voz se aclara por momentos?

LA VIEJA: No sé. El Olvidado desvaría.

LA JOVEN: ¿Desde cuándo que está ahí sentado?

LA VIEJA: No recuerdo.

EL OLVIDADO: El Alemán se acostaba con mujeres hermosas, ricas, aristócratas...

LA VIEJA: Se va borrando. Un día será aire. Y su memoria, nada.

EL OLVIDADO: ... pero siempre volvía a procurarla en los escondrijos de la siesta.

LA JOVEN: ¿Puedes escucharlo?

LA VIEJA: Ya no. Antes sus palabras perforaban. Ahora esos puñales son soplidos.

LA JOVEN: Y Él, ¿por qué no lo silencia?

LA VIEJA: No es fácil. No hay nada más tenaz que la memoria. Sólo el tiempo sepultará sus desvaríos.

LA JOVEN: A veces habla de una tarde de verano... de encierro... de mujeres.

EL OLVIDADO: La parió sin dar un grito. Escondida entre sábanas usadas.

LA JOVEN: ¿Cómo fue que llegué a esta Casa?

EL OLVIDADO: Cuando la miró todavía tenía alas...

LA VIEJA: El Patrón te encontró en el monte, abandonada.

EL OLVIDADO: Y con un cuchillo se las cortó, asustada.

LA JOVEN: ¿Por qué el Patrón no vuelve? ¿Por qué no salimos de aquí?

LA VIEJA: Volverá. Tenemos que cuidar la Casa. Y al Niño Grande. Él vigila que sea así.

LA JOVEN: Ese Perro me da miedo.

LA VIEJA: No lo nombres. Es peligroso.

La Joven de pronto, se lleva una mano a la boca.

LA VIEJA: ¿Qué te pasa?

EL OLVIDADO: Después envolvió a la niña en trapos viejos y se la dio al padre para que la llevara.

LA JOVEN: Nada... nada... es extraño.

LA VIEJA: ¿Qué tienes?

LA JOVEN: Una sensación agria en las entrañas.

EL OLVIDADO: El Alemán la llevó al monte. Y a la mañana volvió diciendo que la halló abandonada.

LA VIEJA: Vomita.

LA JOVEN. No puedo. Ya pasará.

LA VIEJA: ¿Desde cuándo sientes eso?

LA JOVEN: De unos días. Debe ser el aire que parece tierra.

LA VIEJA: *(En la ventana)* Llegará El Marchante.

EL OLVIDADO: No lejos de la fábrica pasaba el tren. Un ramal entraba en los galpones.

LA JOVEN: Sí, llegará.

LA VIEJA: ¿En qué piensas?

EL OLVIDADO: Cuando llegó por primera vez, adornaron la fábrica con flores.

LA JOVEN: Es extraño. Sólo recuerdo el rostro del Marchante.

LA VIEJA: ¿Nada más?

LA JOVEN. Es primavera y él se presenta...

EL OLVIDADO: Venía tres veces por semana, y repleto volvía a la ciudad.

LA VIEJA: ¿Qué más recuerdas?

LA JOVEN: No puedo recordar más. Su llegada, en Primavera... y después, oscuridad.

EL OLVIDADO: Cuando la fábrica cerró los rieles se oxidaron.

LA JOVEN: A veces me intriga ver lo que él conoce.

LA VIEJA: ¿Para qué?

LA JOVEN: Serán cosas diferentes.

LA VIEJA: Ese hombre sólo pasa; para ver, es preciso detenerse.

EL OLVIDADO: El Alemán había prometido que en un año volvería.

LA JOVEN: Habrá otros olores, otros...

LA VIEJA: No delires. El Otro Lado está desierto. No hay nada.

EL OLVIDADO: La gente lo esperó. Contaban cada día que pasaba.

LA JOVEN: Tal vez no sea así.

EL OLVIDADO: Mientras el monte, comiéndose las casas, avanzaba.

LA VIEJA: ¿Quieres irte?

LA JOVEN: A veces... tengo ganas.

LA VIEJA: *(Refiriéndose al Niño Grande)* ¿Lo dejarías?

EL OLVIDADO: Algunos, desesperados, trataron de ocupar la fábrica.

LA JOVEN: *(Luego de un silencio)*. No.

LA VIEJA: ¿Ves? No tiene sentido pensar esas locuras. Nos necesita.

EL OLVIDADO: Amanecieron despedazados en los cañaverales o flotando, mutilados, por el río.

LA JOVEN: Si despertara...

LA VIEJA: Su vida es soñar eternamente. Y la nuestra: velar ese silencio.

EL OLVIDADO: La gente comenzó a irse... despacio... como nubes...

LA JOVEN: A veces parece que despierta... que escucha...

EL OLVIDADO: La casa fue quedando sola, controlando el monte.

LA VIEJA: *(En la ventana)*. Con el último rayo de luz, llegará.

LA JOVEN: *(Acercándose)*. Sí. El cielo está apagándose.

EL OLVIDADO: De los que quedaron, algunos todavía lo esperan. Otros, pocos, se rebelan.

LA VIEJA: *(Ahora abriendo la puerta del cuarto)*. Todo está listo.

LA JOVEN: ¿Por qué miras ahora al Niño Grande?.

LA VIEJA: Eso no importa. *(Cierra la puerta de la pieza)*. Ahora, ¡abre la puerta! El Marchante está llegando.

La Joven va hacia la puerta de entrada. La abre. Frente a ella, está El Marchante. Es un hombre todavía joven. Carga una bolsa. Está señalado por el viaje. Mira a La Joven con intensidad. Ella baja la mirada.

LA VIEJA: ¡Pase! Es Primavera.

La Joven se hace a un lado. El Marchante entra.

EL MARCHANTE: Sí. Aunque esta vez llegó más lenta.

LA VIEJA: ¿Cómo es eso?

EL MARCHANTE: Caminé demasiado. Traigo cosas nuevas.

LA JOVEN: ¿Puedo ver?

LA VIEJA: Calma. Ya mostrará lo que ha traído.

LA JOVEN: ¿De dónde viene?

EL MARCHANTE: De lejos, de muy lejos.

LA JOVEN: ¿De atrás de las montañas?

EL MARCHANTE: De aún más lejos. He llegado hasta la costa.

LA VIEJA: No le creas. No es posible llegar hasta la costa.

EL MARCHANTE: Es verdad. He visto el mar.

LA JOVEN: ¿El mar?

LA VIEJA: No mienta. El mar está al otro lado del mundo. Muy pocos lo conocen.

EL OLVIDADO: El Alemán lo conocía.

EL MARCHANTE: ¿Quién habla? *(Trata de mirar hacia donde viene la voz pero no puede ver nada)*.

EL OLVIDADO. Contaba casos del mar y la gente lo escuchaba embelesada.

LA VIEJA. No haga caso. Son voces que quedaron con el tiempo.

EL OLVIDADO: Hablaba de barcos, de un azul sin límites...

EL MARCHANTE: ¿Qué dice? Es como un rumor...

LA VIEJA: No se comprende. Es un eco que vive en las paredes.

LA JOVEN: ¡Cuénteme del mar!

EL MARCHANTE: *(Todavía sin poder "despegarse" de El Olvidado)*. El mar...

EL OLVIDADO: ... y del movimiento eterno de las olas.

LA JOVEN: ¿Cómo es?

LA VIEJA: ¡Basta de preguntas! Muestre lo que trae y basta.

EL OLVIDADO: Juraba conocerlo tanto como a una amante.

El Marchante saca de la bolsa un enorme caracol.

LA JOVEN: ¿Qué es?

El marchante: Una parte del mar, que lo contiene.

LA VIEJA: No le creas. Está mintiendo.

El Marchante se lleva el caracol al oído y escucha. Silencio. Luego extiende el caracol a La Joven.

EL OLVIDADO: El Alemán prometió que atravesaría el mar y volvería con máquinas nuevas... con progreso.

La Joven ha tomado el caracol y escucha.

LA JOVEN: Canta. *(La Joven se acerca a la ventana).*

EL OLVIDADO: Como no volvía, algunos intentaron llegar hasta la costa.

LA VIEJA: Eso no puede contener el mar.

EL MARCHANTE: Es verdad. Nada puede contenerlo. Pero ahí adentro grita enfurecido.

EL OLVIDADO: Los que lograron salir, jamás volvieron.

La Joven ofrece el caracol a La Vieja, pero ésta con un gesto terminante lo rechaza.

LA VIEJA: ¡Devuelve eso!

EL MARCHANTE: *(A La Joven)*. Es suyo. Guárdelo.

LA VIEJA: ¡¡Devuélvelo, he dicho!!

La Joven coloca el caracol en manos del Marchante. Éste lo coloca en la bolsa.

EL MARCHANTE: En la costa he visto hombres y mujeres llegados de lugares inencontrables.

EL OLVIDADO: La primera vez que llegó el tren, no vino solo.

EL MARCHANTE: Hablan diferente y sus pieles cambian tanto como sus palabras.

EL OLVIDADO: Trajo cientos de indios del sur, atados, al trabajo.

EL MARCHANTE: Venden cosas increíbles. *(Saca de la bolsa una tela de fina transparencia).*

EL OLVIDADO: También había niños, y viejos, y mujeres. *(El Marchante se acerca a la joven con la tela en las manos)*. Trabajaron por años en los campos sin mezclarse. *(La Joven toca la tela).*

LA JOVEN: Parece viva.

El Marchante se la ofrece a la vieja.

EL OLVIDADO: Hasta que no quedó ninguno.

La Vieja, dudando, la toca.

EL MARCHANTE: Es del otro lado del mar.

La Vieja, casi como un reflejo, saca la mano de la tela, pero luego la acaricia.

EL OLVIDADO: Fueron muriendo de pena, de fatiga, cansados de estar solos.

EL MARCHANTE: Hay de muchos colores y espesuras.

LA VIEJA: ¿Qué quiere por ésta?

EL OLVIDADO: Eran cientos y nadie recuerda que vinieron.

EL MARCHANTE: Saber.

LA VIEJA: ¡Mejor guárdela!

EL OLVIDADO: El Alemán se llevó un indio para exhibirlo, allá en su patria.

EL MARCHANTE: Necesito saber.

LA JOVEN: ¿Por qué?

De pronto desde la habitación del Niño Grande se escucha un grito. La vieja reacciona con rapidez y corre.

LA VIEJA: (A La Joven). ¡¡Quédate aquí!!

La Vieja sale y cierra la puerta del cuarto. La Joven queda preocupada frente a la puerta.

EL MARCHANTE: ¿Quién gritó? (La Joven niega con la cabeza). Ese grito no es un eco. Hay alguien ahí. ¿Quién es?

LA JOVEN: No puedo decírselo.

EL MARCHANTE: ¡Vamos, dime sólo eso!

Se escucha otro grito desde el cuarto.

LA JOVEN: *(Luego de un silencio)*. Es un niño.

EL MARCHANTE: ¿Un niño? El que grita es un hombre.

LA JOVEN: Es El Niño Grande.

EL MARCHANTE: ¿Quién es El Niño Grande?

LA JOVEN: Está allí desde siempre. Crece, pero no despierta.

EL MARCHANTE: ¿Ella es la madre?

LA JOVEN. No.

EL MARCHANTE: ¿Quién es, entonces?

LA JOVEN: Nosotras lo cuidamos.

Otro grito del Niño Grande.

EL MARCHANTE: ¿Por qué está gritando?

LA JOVEN: ¡¡No sé, no sé!! *(Trata de entrar pero la puerta está cerrada por dentro. Golpea)*. ¡¡Abre, por favor, ábreme!!

El Marchante la toma para calmarla.

EL MARCHANTE: ¡Calma, calma!

La puerta se abre. La Vieja sale pero permanece delante.

LA VIEJA: Alcánzame agua y unos paños. ¡Y tranquilízate! *(La Joven obedece)*.

EL OLVIDADO: Nadie pudo conocer al hijo del Alemán. Aunque todos aseguraban que no se la había llevado.

El Marchante trata de oír. La Joven alcanza lo pedido.

LA JOVEN: ¡Déjame entrar!

LA VIEJA: ¡Después! Quédate aquí por ahora. Es mejor. *(Sin más explicaciones entra y cierra la puerta)*.

EL MARCHANTE: ¿Eres su hija?

LA JOVEN: No.

EL MARCHANTE: Y tus padres, ¿dónde están?

LA JOVEN: Jamás los he visto.

EL OLVIDADO: Muchos juraban que volvieron a ver al Alemán. Pero nadie lo encontraba.

EL MARCHANTE: ¿Y esa voz? ¿De quién es?

LA JOVEN: Pregunta demasiado. ¿Por qué?

EL MARCHANTE: Respóndeme.

LA JOVEN: Es El olvidado.

EL MARCHANTE: ¿Dónde está?

LA JOVEN: Sentado en algún lugar. Desapareciendo.

EL MARCHANTE: ¿Entiendes lo que dice?

LA JOVEN: A veces comprendo sólo algunas cosas.

EL OLVIDADO: La gente buscaba una esperanza para seguir viviendo.

EL MARCHANTE: ¿De qué habla?

LA JOVEN: (*Luego de un silencio*) Creo que de alguien que se fue. De cosas viejas.

EL MARCHANTE: ¿No recuerdas nada?

LA JOVEN: No. Sólo otra primavera... su llegada... después oscuridad... y luego, espera.

EL OLVIDADO: Comentaban que la criada que quedó en la Casa era la madre del niño.

EL MARCHANTE: He venido a llevarte.

Silencio.

LA JOVEN: ¿Por qué?

EL MARCHANTE: Sólo recuerdo tu mirada, y después me veo de nuevo caminando hacia este encuentro sin saber cómo termina. Es como un sueño inmóvil. Pero en el regreso siento que vuelvo para buscarte.

LA JOVEN: ¿Por qué?

EL MARCHANTE: Te quiero.

LA JOVEN: No puedo irme.

EL MARCHANTE: Si quieres, sí.

LA JOVEN: Debo cuidar al Niño Grande.

EL MARCHANTE: Ella puede hacerlo.

EL OLVIDADO: La gente se reunió y decidió ir hasta la Casa. Querían preguntar.

EL MARCHANTE: Deja este lugar. Transpira odio. Ven conmigo. Conocerás otros cielos, otras distancias...

LA JOVEN: No puedo. Él no lo permitiría.

EL MARCHANTE. ¿Quién es él?

LA JOVEN: Olvídalo. Es peligroso.. Es mejor que sigas tu camino.

La Joven de pronto, se lleva una mano a la boca.

EL MARCHANTE: ¿Qué tienes?

LA JOVEN: Nada... nada. *(Mareada, trastabilla).*

EL MARCHANTE. ¡Siéntate! *(La lleva hasta una silla).*

EL OLVIDADO: Creían que si encontraban al hijo del Alemán, alguien debería saber de su regreso.

LA JOVEN. La cabeza me da vueltas... y el vientre, estalla.

EL MARCHANTE: Serénate.

LA JOVEN. Es como si algo nuevo me cubriera dentro y mi cuerpo ya lo conociera.

EL OLVIDADO. Cuando llegaron a la Casa, apareció El Perro.

EL MARCHANTE: Descansa. Más allá de los cañaverales podrán revisarte.

LA JOVEN: ¿Más allá de los cañaverales?... El Otro Lado...

EL MARCHANTE: Un médico pasa cada tanto.

EL OLVIDADO: Quedaron paralizados. Un hombre dio un paso al frente. Un Puñal de Plata refucilaba en su mano.

LA JOVEN: ¿Cómo es El Otro Lado?

EL MARCHANTE: ¿No conoces?

LA JOVEN: ¿Qué hay?

EL MARCHANTE. Unas pocas casas.

EL OLVIDADO: De pronto oscureció. Las nubes dejaron de moverse.

LA JOVEN: ¿Cómo son esas casas?

EL MARCHANTE: Pequeñas... humildes.

LA JOVEN: ¿Quién vive en ellas?

EL MARCHANTE: Algunas familias.

EL OLVIDADO: Como un disparo, El Perro le saltó a la garganta...

LA JOVEN. ¿Hay algún camino?

EL MARCHANTE: Sí. Uno angosto que va a las montañas.

EL OLVIDADO: No hubo sangre. Sólo un golpe seco. Y la luna se hizo roja.

LA JOVEN: Las montañas... ¿Hay algo atrás?

EL MARCHANTE: Sí. Poblados.

LA JOVEN: ¿Cómo es la gente?

EL OLVIDADO: Nadie más volvió a acercarse.

EL MARCHANTE: Depende. Conozco uno, lejano, donde los hombres no duermen y tienen los ojos tan gastados que, cuando miran cansan. En otro, la gente no conocía la tristeza, y al darse cuenta, se pusieron tan tristes que olvidaron la alegría.

LA JOVEN: ¿Que otros lugares conoces?

EL MARCHNATE: Muchos. Hay un lugar de amaneceres tan extensos que jamás anochece, y en una laguna perdida, resplandece la Ciudad de Oro, esperando que alguien la encuentre, sumergiéndose en las profundidades.

LA JOVEN: A veces quisiera...

EL MARCHANTE: Habla.

LA JOVEN: No. Es mejor callar.

Entra La Vieja. Desconfiada, los mira. El Marchante se anticipa.

EL MARCHANTE: ¿Qué tiene el Niño Grande?

La Vieja mira fijamente a La Joven.

EL OLVIDADO: La gente tuvo miedo. Aprendió a callar.

LA VIEJA: Abrió los ojos. Mira fijo hacia la ventana.

La Joven sale corriendo hacia la pieza.

EL OLVIDADO: Y el silencio terminó cerrándole los ojos.

LA VIEJA: Es sólo un niño. Nosotras lo cuidamos.

EL MARCHANTE: ¿Por qué lo oculta?

LA VIEJA: Usted es extraño. No voy a responderle.

EL MARCHANTE: Cuando pregunto por esta Casa, la gente calla.

LA VIEJA. No hay nadie por quí.

EL MARCHANTE: Hay. Y no quieren hablar. ¿Por qué?

LA VIEJA: Es mejor que se vaya.

EL OLVIDADO: Evitan acercarse. Sólo un hombre enamorado vuelve a volver en cada Primavera.

El Marchante gira hacia adonde viene la voz del Olvidado. Algo ha escuchado con claridad. Busca.

EL MARCHANTE: ¡Qué más! ¡Esa voz habló de mí! Ahora he podido entender.

LA VIEJA: ¡No le conviene escuchar! Es mejor...

EL MARCHANTE: (Buscando). Antes era sólo un rumor. Ahora no.

LA VIEJA: ¡¡Váyase!!

EL MARCHANTE: Sólo sé que llego hasta aquí y después sombras. ¿Por qué?

La Joven vuelve

LA JOVEN: Tiene los ojos fijos. Parecen que no miran pero arañan la ventana.

LA VIEJA: ¿Y el cuerpo?

LA JOVEN: Se contrae y se relaja, como espasmos.

LA VIEJA: Enciende una vela y colócala a su lado.

La Joven obedece. La Vieja con la mirada desafía al Marchante.

LA VIEJA: ¡Y usted levante sus cosas y vuelva a su camino!

EL MARCHANTE: (A La Joven) ¡Vámonos!

La Joven se detiene. Tenso silencio. Miradas. Luego ella sigue. Sin embargo, duda.

EL MARCHANTE: No pienses demasiado. ¡Vámonos!

LA JOVEN. No puedo acompañarte. (Continúa).

EL MARCHANTE. Siempre vuelvo a buscarte. Desde lejos. (Ella se detiene).

LA VIEJA: El amor dura tanto como un sueño intranquilo. Cuando uno quiere fijarlo ya se ha ido.

LA JOVEN: Es mejor que te vayas.

EL MARCHANTE: Quiero que vengas ahora. ¡Vamos!

Abre la puerta de salida invitando a La Joven a seguirlo. Imprevistamente entra, desde afuera, un viento feroz. Desde la pieza los gritos crecen. La Vieja mira fijo a La Joven.

LA JOVEN: ¡Por última vez, vete!

La Joven entra corriendo a la habitación. La Vieja mira al Marchante. Una sonrisa se insinúa en su rostro. Luego, ella también entra. La puerta exterior, lentamente va cerrándose. El Marchante duda entre irse o no.

EL OLVIDADO. El Puñal de Plata yació al lado del hombre muerto. El Perro lo alzó con los dientes y se metió en la Casa. *(El Marchante trata de descifrar el rumor que le llega)*. Desde entonces, cada año, ese Puñal aparece caído a los pies del alguien del lugar. Es la señal. El Elegido no puede rechazarlo. Una fuerza oculta lo impulsa a levantarlo. El día se hace noche. Entonces, El Perro ataca. Después, alza el Puñal con los dientes bajo la luna roja y como una ofrenda vuelve a llevarlo hacia la casa. *(El Marchante se acerca al lugar donde está El Olvidado)*. Y allí el Puñal espera al hombre que cada Primavera quiere retornar.

EL MARCHANTE: *(Ha escuchado esto último con claridad. Se dirigirá al Olvidado como si no lo viera aunque esté cerca)*. ¿Adónde está ese Puñal?

EL OLVIDADO: Lo tiene El Niño Grande.

EL MARCHANTE: ¿Qué hace con él?

EL OLVIDADO: Espera.

EL MARCHANTE: ¿Qué espera?

EL OLVIDADO. Que lo tomes.

Silencio.

EL MARCHANTE: ¿Para qué?

EL OLVIDADO: ¿No recuerdas nada?

EL MARCHANTE: No. Mi cabeza se pierde entre fragmentos. Voy viviendo pero parece que ya he pasado lo vivido.

EL OLVIDADO: Esa es la condena.

EL MARCHANTE: ¿Por qué hay una condena?

EL OLVIDADO: Esta tierra está enamorada de la muerte.

EL MARCHANTE: ¿Desde cuándo que está aquí?

EL OLVIDADO: Ya no sé. El tiempo se detuvo un día cuando El Alemán me sentó en este lugar. Desde entonces, todo vuelve a comenzar.

EL MARCHANTE: ¿Quién es El Alemán?

EL OLVIDADO: Alguien que se fue robándose esperanzas.

EL MARCHANTE: Las esperanzas no se roban. Son de cada uno.

EL OLVIDADO: Es verdad. Lo terrible es entregárselas a otro. Ahí se pierde todo.

EL MARCHANTE: ¿No puede levantarse?

EL OLVIDADO: No. Este lugar es el Olvido. Cuando me dejaron aquí, otro antes de mí, acababa de esfumarse para siempre.

EL MARCHANTE: ¿Por qué El Alemán lo dejó aquí?

EL OLVIDADO: Me gustaba contar lo que veía. Recordar. Él quería que la gente olvidara todo, que no tuviera ilusiones y que el ahora perviva como agua estancada.

EL MARCHANTE: Pero alguien lo habrá buscado, habrán preguntado.

EL OLVIDADO: Sí, un tiempo. Después mi ausencia fue volviéndose normal. Poco a poco se integró a la nada. Y los que preguntaban comenzaron a hablar solos.

EL MARCHANTE: Y ellas, ¿lo escuchan?

EL OLVIDADO: La más joven, a veces, cuando mis palabras sacuden sus fantasmas. La otra no. Sus oídos se han acostumbrado a la ceguera.

EL MARCHANTE: ¿Hasta cuándo estará aquí?

EL OLVIDADO: No sé. Ya soy casi de aire. Aunque a veces mis recuerdos se filtran como ríos.

EL MARCHANTE: ¿Por qué ellas no se fueron?

EL OLVIDADO: No pueden. Tienen que cuidar al Niño grande. Además El Perro lo impediría.

EL MARCHANTE: ¿El Perro?

EL OLVIDADO: Sí. Es el Guardián de esta agonía. Dicen que El Alemán hizo un pacto con el Mal a cambio de fortuna. Ese Perro es el Mal y cuida que todo se detenga.

EL MARCHANTE: ¿Qué debo hacer?

EL OLVIDADO: ¿Qué quieres?

EL MARCHANTE: Llevarla.

EL OLVIDADO: Entonces, inténtalo.

EL MARCHANTE: ¿Cómo terminará todo?

EL OLVIDADO: Tienes esperanzas. Lucha.

EL MARCHANTE: ¿Cómo?

EL OLVIDADO: Debes matar al Perro con el Puñal de Plata.

EL MARCHANTE: ¿Dónde lo encontraré?

EL OLVIDADO: El sabrá cómo encontrarte cuando tengas el Puñal entre las manos.

EL MARCHANTE: Entonces, ¿tengo que quitarle el Puñal al Niño Grande?

EL OLVIDADO: No preguntes más. No tengo más respuestas. Ahora, en mi cabeza, el futuro es el pasado y viceversa.

La Joven sale corriendo. La puerta se cierra a sus espaldas.

LA JOVEN: ¡Un cerco de llamas rodea al Niño Grande!

El Marchante corre hasta la puerta de la habitación y trata de abrirla. No lo consigue.

EL MARCHANTE: ¡No se abre!

LA JOVEN. ¡Ella se ha encerrado con él!

EL MARCHANTE: ¿Cómo han comenzado las llamas?

LA JOVEN: Brotaron solas. Al encender la vela un reguero de fuego rodeó la cama. Pero no avanzan. Oscilan en el lugar sin acercarse.

EL MARCHANTE: Y ella, ¿qué hace?

LA JOVEN: Está a la par del Niño Grande mirándolo a los ojos.

EL MARCHANTE: ¿Te has quemado?

LA JOVEN: No. Crucé entre las llamas y no sentí nada. Están quietas, ahí.

EL MARCHANTE: ¡No esperemos más! Vienes conmigo.

LA JOVEN. ¡Él está ahí... gritando!

EL MARCHANTE: ¡No pienses más! ¡Vamos!

El Marchante la toma y la lleva con fuerza y decisión hasta la puerta de salida, pero al intentar abrirla, ésta permanece cerrada. El Marchante lucha, pero no consigue abrirla.

EL MARCHANTE: ¡No puedo abrirla!

EL OLVIDADO: Cada momento se encadena al próximo sin obstáculos. Y el primero abraza al último.

LA JOVEN: Él no quiere que me vaya. Me quiere tener cerca.

EL MARCHANTE: ¿Quién?

LA JOVEN: Él.

EL MARCHANTE: ¿Ese animal... El Perro?

La Joven asiente con la cabeza.

EL MARCHANTE: ¿Por qué?

LA JOVEN: Es extraño. Siempre sueño que Él viene hacia mi cama. Tiene algo de humano. Me roza la piel suavemente con el lomo... y... mis poros se humedecen. Después no recuerdo más y me despierto. Pero la última vez fue diferente.

EL MARCHANTE. ¿Qué pasó?

LA JOVEN: Subió a la cama y sentí su peso encima mío. Se movía con fuerza... tenía el pecho suave... sin pelos... después... me desperté. Y las sábanas olían diferente.

EL MARCHANTE: ¡Es preciso salir de aquí! ¡Escapar de esta pesadilla! *(Trata de forzar la puerta, pero es inútil. También la ventana está trancada).*

LA JOVEN: ¿Adónde me llevarías?

EL OLVIDADO: Antes que llegara El Alemán hubo en este lugar una pasión prohibida.

EL MARCHANTE: Quiero llevarte a la costa, donde el horizonte se abre sin fronteras.

EL OLVIDADO: Dos hermanos se enamoraron.

EL MARCHANTE: A un lugar donde ningún día se repita...

EL OLVIDADO: El castigo fue terrible.

EL MARCHANTE: ...Donde no haya miedo de imaginar el futuro...

EL OLVIDADO: Ella se convirtió en pájaro.

LA JOVEN: Él igual me buscará...

EL OLVIDADO: Y desde entonces fue condenada a buscar a su hermano, sin poder jamás encontrarlo, llamándolo con un quejido agudo, casi humano.

LA JOVEN: ... porque sabe como hallarme.

EL OLVIDADO: Cuando El Alemán llegó, buscó a la Mujer Pájaro...

EL MARCHANTE: Estarás lejos, protegida.

EL OLVIDADO: No fue fácil capturarla. Pero en una tarde rojiza de verano, lo logró.

EL MARCHANTE: Me encargaré de que no te siga.

EL OLVIDADO: Con una sola mano la apretó hasta despedazarla...

LA JOVEN: Él no me dejará escapar.

EL OLVIDADO: Un quejido agudo escapó del monte buscando la Casa, y cuando llegó, se hizo un grito sordo de recién nacida.

La Vieja entra. Ahora la puerta del cuarto queda abierta.

LA VIEJA: ¡El Puñal arde!

LA JOVEN: *(Desesperada)* ¡¡El Niño Grande!!

LA VIEJA: *(La detiene)*. ¡Esas llamas no lo queman. Sólo el Puñal está encendido!

El Marchante se ha acercado a la puerta y mira.

EL MARCHANTE: No hay nadie en esa cama.

LA VIEJA: ¿Cómo?

EL MARCHANTE: Sólo un Puñal de Plata que descansa.

La Vieja, rápida, se aproxima.

LA VIEJA: ¡No está! ¡El Niño Grande no está!

LA JOVEN: *(También mirando)* ¡¡No puede ser!!

LA VIEJA: ¡¡Se ha despertado!!

LA JOVEN: ¿Adónde ha ido?

La Vieja corre hacia la puerta exterior que no abre. Trata pero no puede.

LA JOVEN: ¡Hay que encontrarlo! ¡¡Como sea, hay que encontrarlo!!

El Marchante ya ha entrado en la habitación.

EL OLVIDADO: Esta tierra está maldita. Las personas se olvidaron de mirarla. Escapan. Y con los ojos, también maldicen.

El Marchante sale del cuarto con el puñal en la mano. Las mujeres se apartan. Tensión. Llega hasta la puerta y la abre sin dificultad. El viento, rápido, entra y hiela la Casa. El Marchante sale al exterior. La puerta, como una sombra, se cierra detrás suyo.

EL OLVIDADO: El hombre que siempre vuelve va a encontrarse con su suerte. Lleva los ojos claros de esperanza. No tiene miedo. El amor lo empuja contra el viento. Quiere descabezar las pesadillas. Avanza por la noche, encendiéndola, y en su puño arde una estrella.

Entre los cañaverales su destino se agazapa. Mide cada paso. Aguarda. La luna, más blanca que nunca, también espera.

El tiempo ya no late en el alma de los hombres sangrándoles la vida. Todo está quieto. Sólo dos cuerpos danzan en la noche inmóvil unidos por la muerte. De pronto, un grito. Y en la luna un tajo rojo va naciendo.

Por la puerta exterior entra El Marchante. Está malherido. Pierde el equilibrio. Cae. Trata de levantarse.

EL MARCHANTE: ¡Está muerto! ¡El puñal le atraviesa el corazón...!

Vuelve a caer. La Vieja emite un grito y corre hacia fuera, a ver. La Joven quiere hacerlo pero El Marchante la toma de una mano.

EL MARCHANTE: ...Ahora la pesadilla ha terminado... podremos irnos...

LA JOVEN: *(Retrocede)*... sangre... tanta sangre...

EL MARCHANTE: ...el mar se está acercando...

LA JOVEN: ¡Tengo... tengo que encontrar al Niño Grande...!

EL MARCHANTE: ¡... Vamos... vamos...! *(Trata de tenerse en pie pero casi no puede. Cae. Vuelve a levantarse. La Joven retrocede. Mira hacia la pieza. Un grito profundo le sale desde adentro).*

LA JOVEN: ¡¡Ahhhh!! *(Queda paralizada mirando. Una expresión de terror la desfigura).*

EL MARCHANTE: ¿Qué sucede?

LA JOVEN: ¡¡Ahí... en la cama... entre la sangre... El Perro!!

El Marchante, casi arrastrándose, se acerca y mira.

EL MARCHANTE: ¡¡... El Perro... tiene el Puñal clavado... y arde...!!

Desde afuera un grito tremendo presenta a La Vieja que, desesperada, entra.

LA VIEJA: ¡Mi hijo... El Niño Grande... tiene el pecho abierto!

LA JOVEN: *(Estupefacta).* ¿Cómo? ...El Niño Grande... tu hijo... ¡¡Nooo!!!

LA VIEJA: ¡Está tirado entre las cañas mirando el cielo!

La Joven sale corriendo. El Marchante cae de rodillas.

EL MARCHANTE: ¡No puede ser! ...¡No puede ser!

LA VIEJA: ¡Maldito ...mil veces maldito! ¡Has matado a mi hijo...! ¡Maldito!

EL MARCHANTE: ...El Perro... he luchado contra El Perro...

LA VIEJA: ¡Ahora será tu turno! ¡Me bañaré en tu sangre!

La Joven entra.

LA JOVEN: ¡Está muerto ...mi Niño Grande ha muerto... Su cuerpo arde entre las cañas! *(Se abraza a La Vieja. Ésta, con dureza, la aparta).*

LA VIEJA: No llores más. Venga a tu hermano.

La Joven queda paralizada.

LA JOVEN: ¿Mi hermano...?

LA VIEJA: Los dos hijos del mismo vientre y el mismo padre. ¡Véngalo!

LA JOVEN: ¡Mi hermano! ...no puede ser ...no puede ...¿Por qué...?

LA VIEJA: ¡Eso ahora no importa! ¡Hay que vengarlo! ¡¡Mátalo!!

El Marchante, muy debilitado, se arrastra tratando de llegar a La Joven.

EL MARCHANTE: ...No la escuches ...ayúdame ...por favor ...ayúdame...

LA VIEJA: ¡Él lo ha matado! ¡Mátalo!

A través de la puerta de la habitación la presencia de las llamas se acentúa.

EL MARCHANTE: ¡Las llamas... avanzan... hay que salir...!

LA VIEJA: ¡¡En nombre de tu hermano: ...Mátalo!!

La Joven corre hacia el cuarto y desaparece en él. El Marchante, con mucha dificultad, se arrastra hacia la puerta. La Vieja lo hostiga.

LA VIEJA: ¡Muerte ...muerte! ¡Me has sacado la vida! ¡¡Muerte!! ¡Maldito!
¡¡Muerte!!

La Joven vuelve con el Puñal en la mano. Adentro, el incendio crece. Se acerca al Marchante levantando el Puñal.

LA VIEJA: ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

EL MARCHANTE: *(Caído, sin moverse).* ¡No... no lo hagas... te amo ...no lo hagas!

La Joven, con fuerza, clava el puñal en el cuerpo del Marchante, matándolo.

LA VIEJA: ¡Así... así... Muere!

La Joven se alza con el puñal en la mano.

LA JOVEN: *(Le habla al cadáver del Marchante)*. Me has quitado al Niño Grande... Era mi hermano... y sin saberlo, lo amaba. En sueños Él me visitaba y transfigurado, me penetraba...

LA VIEJA: *(Mirando hacia las llamas)* ...Arde ...en la cama, El Perro arde...

LA JOVEN: Eran uno. La misma cosa, que ahora adentro mío quiere prolongarse. *(Ambas se miran)*. ¿Adónde está mi padre?

LA VIEJA: Va a volver un día ...desde el mar...

Las llamas crecen. La vieja cierra la puerta exterior.

LA JOVEN: Las llamas no dejarán nacer lo que está prohibido, pero en las cenizas, un remolino se perpetuará en el tiempo y ahí, con un quejido agudo, lo volveré a soñar.

LA VIEJA: ...Y cuando llegue, todo será como antes.

El ruido y la intensidad del incendio aumentan. La Joven y la Vieja quedan en la misma posición, esperando. La luz de escena va abandonándolas y se acentúa sobre El Olvidado.

EL OLVIDADO: Habrá sequías y pestes y tantas muertes. Llegará el tren, El Alemán se irá, y en cada Primavera un hombre volverá a volver, por amor, hasta el infinito.

Sólo las llamas perviven, hasta que, poco a poco se extinguen. Las luces vuelven y encuentran a los personajes de La Vieja, La Joven y el Olvidado en la misma posición que al comienzo de la obra. Se repiten las primeras acciones y las primeras réplicas. Todo vuelve a comenzar exactamente igual. La luz, ahora sí, va yéndose y con ello llega el

FINAL.

Carlos María Alsina. Correo electrónico: carlosmalsina@yahoo.com.ar

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires. 2012

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar